

EL MUNDO

Viernes, 22 de abril de 2005. Año XVII. Número: 5.610.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El peligro de escarbar en la Historia

NICOLAS REDONDO TERREROS

Mi abuelo, Nicolás Redondo Blanco, fue concejal de abastos en el Ayuntamiento de Baracaldo durante la II República. La responsabilidad pública, como es de suponer conociendo la vida de su hijo, no le reportó ningún beneficio a él ni tampoco a su familia durante los duros tiempos de escasez alimentaria. Terminada la Guerra Civil, recorrió varias cárceles y fueron dos las penas de muerte que se le impusieron. Tiempo después, por seguir defendiendo sus ideas, volvió a la cárcel y durante más de un año estuvo ingresado en un hospital por las torturas sufridas durante su estancia en prisión. Acompañen, por favor, a este breve retrato la soledad, la expulsión de los Altos Hornos de Vizcaya, la precariedad laboral y la pobreza instalada en la familia como si fuera a quedarse con ellos para siempre.

Años después de esta serie encadenada de sucesos, cuando cursaba mis estudios universitarios, un compañero de promoción que se convirtió a golpe de paciencia y comprensión en mi amigo del alma, se presentó ante mí y me dijo:

-Soy nieto de un carnicero de Baracaldo -luego supe que había sido carlista tradicionalista- que fue amigo de tu abuelo y sé que ambos realizaron algunos negocios durante la guerra.

-¡Qué dices!, mi abuelo nunca hizo negocios. Siempre lo pasó muy mal y fue así porque era muy honrado -le contesté indignado ante la idea de que el recién conocido quisiera hacer ver una cierta intimidad entre nuestros abuelos, basada en una indignidad.

Perdona, mi abuelo también lo era. Simplemente, como concejal, tu abuelo tuvo algún contacto con el mío. Mi abuelo siempre, siempre quiso y admiró al tuyo.

Este fue para mí el primer ejemplo de una relación transversal entre militantes de las dos Españas que provocaron la Guerra Civil. Mi abuelo no pudo ver la muerte por enfermedad del general Franco ni la Transición española. Murió como había vivido, sin un duro, rodeado de sus íntimos y querido por muchos, pero siempre dijo que no todos los suyos habían estado a la altura de las

circunstancias. La notable y conocida biografía de su hijo me evita tener que aportar más detalles que harían demasiado extenso este artículo.

Observando por tanto el producto de esa experiencia llena de grandeza, de valor, de privaciones, de una acción continua y tenaz en defensa de sus ideas, rechazo con contundencia la utilización del pasado como arma política. Los partidos políticos nunca nos evitan ni imponen responsabilidades contraídas por nuestros antepasados. Cuando alguien manosea y utiliza esas responsabilidades a favor o en contra de los demás, siempre es con la voluntad y el deseo de encontrar beneficios partidistas. Con esto no quiero decir que no se deban realizar determinadas investigaciones históricas o que se puedan retirar estatuas o símbolos, sino que no debe hacerse sin consenso, sin acuerdo, puesto que de lo contrario corremos riesgos excesivos, riesgos que no compensan la posible satisfacción que con ello pueda obtener una de las partes.

«Nuestra propia vida está ligada al contexto vital en el cual Auschwitz fue posible, no debido a circunstancias contingentes, sino de modo intrínseco», dice Habermas. Coincido con él en que nosotros, también los que no tuvimos nada que ver con la Guerra Civil y los 40 años posteriores, pertenecemos a una forma de ser y de vida que hizo posible esa guerra, cuya fundamental y grandísima diferencia con otras guerras sufridas por otros países fue que la hicimos entre nosotros. Fue el colofón más dramático posible a un proceso histórico pleno de odios cainitas, localismos fundamentalistas, ignorancias voluntarias y ensimismamientos enfermizos.

La acción de los dirigentes políticos españoles debe estar inspirada por nuestra propia historia. No somos franceses y no podemos actuar como si lo fuéramos; estos últimos años han demostrado que no nos va mal siendo nosotros mismos, sin ningún papanatismo acomplejado, y debemos emplear nuestras energías en alejarnos lo más rápidamente posible de aquella España negra que creíamos olvidada. Decía De Gaulle con ocasión de su visita a España, y tras negarse a visitar el Alcázar de Toledo, lo siguiente: «Todas las guerras son malas porque significan el fracaso de toda la política, pero las guerras civiles son imperdonables porque la paz no nace cuando la guerra termina». Sería un gran error que terminara la paz en la que nos hemos instalado voluntariamente desde hace 25 años.

Esa paz basada en el acuerdo, en el comentado consenso, en la Constitución del 78 y su consecuente España autonómica ha permitido un periodo de progreso y libertad poco habitual en nuestra tormentosa Historia. Esos acuerdos, esas zonas de encuentro que en otros países se mantienen sólidas, fuertes y poderosas por haber sido la destilación pacífica y progresiva de sus respectivas historias, en el nuestro tienen la debilidad y fragilidad de ser el resultado precipitado de nuestra voluntad colectiva inicialmente expresada con las primeras elecciones libres en junio de 1977, y más se parecen a un azucarillo que al acero de los Altos Hornos. Nuestro país tiene que seguir

construyendo centro, consensos y acuerdos, no hemos terminado la tarea. Lo hecho hasta ahora se puede deshacer en menos que canta un gallo. Los jóvenes nacionalistas son más nacionalistas, los del PP y los del PSOE se sienten más orgullosos que antaño de sus respectivas siglas y desconocen los latidos vitales de sus adversarios. En esta situación, pasar de adversario a enemigo sólo es cuestión de tiempo, ignorancia y egoísmo.

Nicolás Redondo Terreros fue secretario general del PSE-EE.

© Mundinteractivos, S.A.